

El período helenístico

Se conoce con ese nombre al periodo comprendido entre la muerte de Alejandro Magno en 323 a. de C. y el nacimiento del Imperio Romano en el año 31 a. de C.

A lo largo del siglo IV a. de C. van declinando las polis griegas, que finalmente son sometidas por Filipo II pasando a formar parte de Imperio Macedónico. Este declive de las polis acarrea el fin del auge económico, artístico y cultural que se había desarrollado paralelamente a la formación y consolidación de las mismas, especialmente en aquellas que se habían decantado por instaurar un orden político democrático lideradas por Atenas.

La pérdida de la independencia de las polis provoca un giro en las inquietudes filosóficas del hombre griego que, a medida que avanza el cosmopolitismo y la gente empieza a sentirse como una pequeña parte de un vasto imperio, empieza a abandonar las preocupaciones cívicas y promueve el individualismo en busca de otras vías para alcanzar la felicidad al margen de la colectividad.

Al adquirir el conocimiento un sentido más práctico, alejado de las preocupaciones meramente teóricas y contemplativas de épocas anteriores, desaparecen los grandes sistemas y la Filosofía se dirige a aspectos más personales tratando de dilucidar cuál es la mejor manera de vivir y centrándose en la ética y la búsqueda de la felicidad personal. Surgen así distintas escuelas de pensamiento, algunas de las cuales prolongarán su vigencia durante el Imperio Romano. Las más importantes son el escepticismo, el cinismo, el epicureísmo y el estoicismo.

El **escepticismo** es una doctrina característica de las épocas de crisis; en el helenismo se atribuyó su origen al filósofo Pirrón que, luego de sus viajes acompañando a Alejandro Magno en los que llegó a conocer una gran variedad de culturas, acabó cuestionando la suya propia considerando que la duda era la única posición filosófica válida; ya que todo es subjetivo, hemos de limitarnos a exponer opiniones y dejar en suspenso (*epojé*) el juicio definitivo.

El **cinismo** fue una doctrina filosófica fundada por Antístenes de Cirene, discípulo de Sócrates, aunque su defensor más conocido probablemente sea Diógenes de Sínope. Defendían un regreso del hombre a la naturaleza¹ de cuyo abandono acusaban a la artificiosidad en la que había derivado la vida urbana. Frente a la abundancia de lujos y la búsqueda incesante de bienes materiales, proponían alcanzar la autosuficiencia (*autarquía*) reduciendo al mínimo las necesidades². Frente a la proliferación de convenciones sociales proponían la igualdad y el rigor moral.



Parece que los primeros cínicos gozaron de la simpatía de las gentes que solían disfrutar de su presencia valorando su sabiduría y su forma desprendida de vida, pero la difusión de la doctrina y su utilización por muchos intrusos que, ajenos al espíritu de la misma, veían en ella una manera de granjearse la estima ajena y una forma cómoda de vida, pronto produjo el rechazo y la aversión.

¹ Cuentan que Diógenes paseaba en ocasiones durante el día con un candil encendido y cuando le preguntaba por tan extraño comportamiento solía responder que estaba buscando al hombre.

² Se dice que el propio Diógenes llegó a arrojar el cuenco que tenía como única propiedad al observar a otro bebiendo con las manos y juzgarlo de ese modo innecesario.

Epicuro de Samos presenta su doctrina, el **epicureísmo**, como un ideal de vida **hedonista**, es decir, basado en la búsqueda del placer. Ahora bien, si por “hedonismo” en sentido fuerte se entiende aquella teoría que considera que el bien y la felicidad consisten en alcanzar el mayor placer **sensible** posible y evitar el dolor, el caso de Epicuro es paradigmáticamente contrario a ese ideal de vida, por lo que suele tipificarse su doctrina como un “**hedonismo mitigado**”.

En efecto, Epicuro comienza distinguiendo dos tipos de placeres que él denomina “placeres del movimiento” y “placeres del reposo”. Los primeros se identifican con los placeres que nos proporcionan los sentidos, los cuales ocasionan estados ánimo alternos de goce y malestar. El placer de comer, por ejemplo, se sigue del desequilibrio que provoca el hambre, pero una vez satisfecho el deseo, lo cual implica un movimiento o cambio, seguir comiendo por el solo placer no nos causará bien alguno sino que derivará en otros sufrimientos. Para experimentar un placer de este tipo es necesario experimentar previamente un desequilibrio, una carencia, acompañada por una aflicción. Los placeres del reposo son los placeres del alma derivados del equilibrio físico y espiritual. Sugieren estabilidad, paz, felicidad.

La satisfacción de nuestras necesidades y el equilibrio físico derivado de ellas son precisos para alcanzar la verdadera felicidad, que consiste en la tranquilidad del espíritu, un estado de ánimo al que Epicuro llamaba la “ataraxia” o “estado de no perturbación”. Pero son solo eso: medios necesarios para alcanzar el verdadero fin. La infelicidad surge cuando les damos preferencia considerándolos a ellos el verdadero fin. Por eso Epicuro propone la eliminación de nuestros deseos innecesarios, especialmente de aquellos que no tienen su origen en la naturaleza humana y así, alejándonos de la turbación que supone la dependencia de lo superfluo, su filosofía nos enseña a diferenciar lo necesario de lo excesivo, lo que está en nuestro poder y lo que no y eliminar así las principales causas de los temores humanos como el miedo al destino, a los dioses o a la muerte y dedicarnos a vivir guiados por la razón y la virtud.



El **estoicismo**, fundado por Zenón de Citio y continuado durante la época del Imperio romano por autores como Séneca, Epícteto o Marco Aurelio, considera que el mundo está regido por la Razón (Logos) a la que consideran divina y que rige sabiamente el destino del mundo y de los hombres. Ello les conduce a una física determinista en la que todo lo ocurre está rigurosamente establecido, resultando así insensata e inútil toda pretensión de cambio. Resta, pues, vivir de acuerdo con el logos divino o, lo que es lo mismo, con la naturaleza. En esta aceptación reside la virtud moral, que para los estoicos no es simplemente un medio para conseguir un bien posterior, sino que es un fin en sí misma pues, mediante el control racional de los propios impulsos, afectos y pasiones, no hacemos sino el acatar el logos divino.

El control racional de nuestros sentimientos nos conduce a la insensibilidad o **apatía**, nos libera del apego por las cosas y las personas y nos permite vivir el presente, evitando nuestras dependencias respecto de las añoranzas del pasado y de las esperanzas en el porvenir y alcanzar la serenidad, que es la única forma de felicidad a la que resulta legítimo o moralmente aceptable aspirar.

Alejandro

Paralelamente a la crisis que vivieron las ciudades estado griegas, el propio Alejandro Magno primero y luego sus sucesores favorecieron la expansión de su cultura que se fue extendiendo al resto del mundo. Al declive de las polis sucedió el auge de ciudades más modernas como Alejandría, Pérgamo o Antioquía, en las cuales arraigó lo griego y se impuso su lengua como la “lengua común” (*koiné*), que acabó siendo sinónimo de “lengua culta” y resultó el principal vehículo del conocimiento.

El foco cultural se desplazó entonces a estas ciudades, entre la que destaca Alejandría, ciudad portuaria fundada por Alejandro Magno en la costa norte de Egipto y que experimentó un gran desarrollo económico en los siglos posteriores. Frente a sus costas se hallaba la isla de Faros, en la que se situó una gran luminaria que daría nombre a los actuales faros y que acabó siendo unida a la ciudad mediante un gran dique en torno al cual se construyeron dos puertos.

Ptolomeo Soter, sucesor de Alejandro Magno en la parte africana de su Imperio, fundó allí un Museo construido en mármol, dedicado a las musas, protectoras de las artes y las ciencias, en el que su dinastía instaló una gran biblioteca en la que se dedicó a reunir todo el saber de la época, llegando a ser considerada una de las maravillas del mundo.

A este Museo llegaron, procedentes de todas partes del mundo, sabios, gramáticos, geógrafos, médicos y cuantos pudieran enriquecer el saber con sus aportaciones, los cuales vivían a expensas del Estado que también financiaba sus investigaciones.



Se desarrollaron allí múltiples escuelas científicas auspiciadas por grandes pensadores entre los que destacan, en los últimos siglos antes de nuestra Era, Arquímedes; el geómetra Euclides; Aristarco de Samos, que propuso el primer sistema heliocéntrico; el geógrafo Eratóstenes, que consiguió medir el perímetro de la Tierra con asombrosa precisión. En siglos posteriores nos encontramos con Claudio Ptolomeo (siglo II d. de C) que propuso un sistema cosmológico más elaborado que el de Aristóteles y que se impondrá a lo largo de la Edad Media; el médico Galeno, y la matemática Hipatia, que a principios del siglo V d. de C. cultivó las ciencias exactas y fue seguidora del neoplatónico Plotino.

LA Biblioteca de Alejandría sufrió varias destrucciones a lo largo de los siglos propiciadas por romanos, cristianos y finalmente árabes. Al califa Omar se atribuye la destrucción final de la misma en el año 640 d, C. cuando los árabes conquistan Egipto.